

UN BESO AMARGO de Ainara Rojo Vicente

En una buena y tierna mañana en Bruselas(Bélgica), despertaron juntos como de costumbre. Adoraban dormir juntos todas las noches con el cielo lleno de estrellas, que fugazmente se desvanecían con el sol. Amaban salir a la ventana a asomarse mientras se miraban sin poder decir ninguna palabra. A medida que el tiempo transcurría en la relación entre los dos individuos parecía que se iba a romper. Estaban cansados de no poder pasar tanto tiempo juntos o de no saber que decir ni como expresar su amor que se estaba alejando lentamente. Todas las noches se sentaban en el borde de la cama juntando míseramente sus dulces y mentirosas manos, llenos de pensamientos tristes y oscuros sobre sus sentimientos. No sabían cómo expresarse con el otro ni como hablar sin tener un nudo en la garganta. Cada vez esos silencios se volvían más abrumadores, los cuales intentaban rellenar con caricias y miradas jurando un falso amor, sin saber cuándo duraría, sin saber cuándo hablarían...

Pasaron ya meses de tormentas y rayos con maldecidas palabras contra el otro, esos meses estuvieron acompañados por hasta quien diría el diablo. Fueron muy difíciles, pese a que no tenían una buena base de comunicación entre ambos. Solo hacían que oponerse al otro o dejar los temas discutidos sin solución y sin hablar.

Hubo una tarde que todo se salió de control, que los besos ya no sabían dulces, que las caricias eran similares al corte de una espiga, acompañados de un dolor en el corazón como si un alfiler les atravesara su fugaz amor. Esa tarde iban hacia una boda de su prima Isabella, quién había logrado una relación sana y duradera con su en unos segundos esposo. Al llegar a la enorme mansión blanquecina llena de flores y decoración, decidieron pasar al cuarto de invitados listos para hablar. Pero aquellas palabras que tantas veces omitieron estaban atascadas en un gran pozo negro que más tarde les llevaría al fin. Era una habitación simple pintada de varios colores; como el azul, rojo y blanco. Se pararon ante el espejo del tocador sentándose en la minúscula silla en forma rectangular, se agarraron de las manos más fuertes que en otros días, pero la diferencia era que no eran capaces de mirarse ni de tocarse más allá de los guantes. Dispuestos a cortar el abrumante silencio y a poder mirarse sentían que una tela les cubría el rostro, incapaces de hablar ni de mirarse. Soltaron sus manos que tan bien entrelazadas habían estado en esa corta velada y decidieron acercarse más, dándose cuenta que al haber omitido todas esas palabras ya no podían ni dirigirse la mirada o la palabra, dándose cuenta a su vez de que habían sido necios ante las palabras del otro. Quizás si hubieran hecho caso al otro en lugar de hacer crecer su orgullo en cada una de las miradas y palabras ahogadas no hubieran llegado a este punto. Al punto de llamar a su dulce amor, amor imposible. Y de pensar que ni los besos ni sus

lenguas entrelazándose podrían arreglar el gran error que juntos crearon. El de quererse, pero no poder estar juntos, y solo entonces decidieron darse un amargo beso, que ya no les llenaba.